La importancia de los valores de la vida

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Los antropólogos y los psicólogos estarán de acuerdo que la generalmente concedida superioridad de la especie humana es su logro intelectual. Esto pone a la disposición del hombre la razón, la voluntad y la imaginación como atributos intelectuales principales. Pero si éstos no son ejercidos de una manera idealista, necesariamente no exaltan al hombre en status por encima de los así llamados animales más bajos.

La motivación de la mayoría del mundo animal es un impulso innato, instintivo. La apetencia para adquirir alimentos, para encontrar refugio y para la reproducción no son ni conclusiones razonadas ni un estado imaginario moviendo a un curso de acción. Puesto más sucintamente, estas otras especies no tienen una razón específicamente adquirida para las acciones que ellos ejecutan.

El propósito, entonces, es, ciertamente, una cualidad definida del intelecto humano.
¿Cuán lleno de propósitos está el hombre en su vivir si evaluamos ese propósito en términos de su potencialidad intelectual? Si el intelecto del hombre es dirigido a canales que sólo proveen mayor comodidad física, como ser la más fácil adquisición de alimento, refugio y la satisfacción de los sentidos, entonces la meta final de la vida humana en su valor básico no es diferente de aquel de cualquier animal bien satisfecho.

El potencial intelectual del hombre le hace posible ser *algo diferente a lo que es.* Funcionar sólo de acuerdo con nuestros deseos orgánicos no es llevador para el ser humano. Es más o menos hacer del hombre un autómata. Atar la mente y sus capacidades a los apetitos, para simplemente encontrar modos y medios para gratificarlos, es una acción no grandemente diferenciada de los impulsos instintivos de los animales. Es cuando el hombre busca crear un *propósito* para su existencia y relacionar eso con su relación humana que él está entonces volviéndose más que un animal y está ejerciendo en mayor grado su atributo del intelecto. Es aquí donde entra en juego el *propósito,* la cualidad inminente de la mente humana.

Hay dos categorías del intelecto humano que le dan al propósito la importancia que debería tener. La primera de éstas es *por qué* y la segunda es *como.* La mente humana puede contemplar lo que experimenta en relación con ella misma. Puede distinguir entre su propia naturaleza y las particularidades del mundo exterior. Las diferencias que ella percibe son desafiantes (o deberían serlo).

Pero además de las diferencias, el hombre también encuentra similitudes con él mismo en otras cosas, y él a menudo asume adicionalmente algunas que realmente no existen. Una de las suposiciones del hombre es la *causación.* Simplemente él es más apto para asumir que nada sucede de por sí y, además, que hay una causa detrás de todo lo que ocurre, que puede ser teleológica, es decir, *una mente* (una causa con propósito).

Creando ideales

Es esta suposición de una causa teleológica lo que ha engendrado la religión y su creencia en los dioses y, finalmente, la metafísica y la filosofía. Al tratar de encontrar el *por qué,* el hombre, por medio de su razón, la imaginación y las impresiones intuitivas, ha creado estados ideales para él mismo. En otras palabras, ha relacionado el *ser* con lo que él ha concluido que son las causas con propósito en la naturaleza. Hay cosas *que son,* pero el hombre cree que tales cosas deben ajustar en la norma que él mentalmente construye para su propia existencia.

Esta existencia que el hombre concibe no es meramente el período de su nacimiento a su muerte, un intervalo físico. El intelecto humano, aguijoneado por el instinto de conservación, ha concebido la extensión de esta vida a una más allá de la tumba. Ha creado el ideal de la inmortalidad. El hombre vivirá en otro reino etéreo. A la muerte la concibe como transitoria
(a ser seguida por una resurrección).

Pero, ¿cómo debe ser vivida esta vida mortal? Las criaturas más bajas de la tierra encuentran que la vida es en sí misma su propia recompensa. Vivir, en otras palabras, es su propio fin. Ellas no están impulsadas a buscar nada mas que lo que la vida provee y las exigencias del organismo. Pero el humano ha evaluado el valor de su propia conducta. El encontró que los resultados eran a veces agradables y otras veces desagradables hasta la incomodidad extrema. Estos valores fueron llamados *buenos* y *malos.* El intelecto comenzó a desarrollar una escala en aumento de lo que constituye el bien. Tal no era meramente la gratificación de los apetitos sino también aquello que proveía tranquilidad a la variada naturaleza del hombre, como ser los seres físico, mental y emocional.

El eterno *por qué* nuevamente desafiaba al intelecto. ¿Por qué había un bien y un mal? ¿Qué propósito yacía detrás de ellos? El bien, se suponía, debe tener un valor en sí mismo, un poder independiente de los efectos que son mental y físicamente realizados de ello. Concisamente, ser bueno, se razonó, es el cumplimiento de alguna armonía sobrenatural que trasciende la existencia mortal del hombre. En otras palabras, el hombre le atribuyó al bien el valor idealista de la moralidad.

Moralidad

Las relaciones humanas no podían escapar de los efectos de este ideal de la moralidad. El bien y el mal estaban infundidos en las acciones de los hombres hacia cada uno de ellos. Para realizar este ideal, este valor de la moralidad establecida por el intelecto, los hombres deben definir lo correcto, la buena conducta que debería existir entre ellos.

El *por qué* en su investigación fue más allá del hombre y su existencia terrenal. Buscó encontrar una razón para lo que él concebía ser la causa original de toda la realidad en sí. ¿Por un Dios? ¿Por qué una Causa de la Mente Suprema? ¿Qué propósito iba a ser servido por medio de tales cosas?

Con la creciente apreciación de la magnitud del universo, el eterno *por* qué impulsó al hombre a preguntarse acerca de su creación y qué fines puede servir además del hombre y su mundo.

Del *por qué* finalmente surgió el *cómo.* Fue mucho más fácil para el humano preguntarse por qué algo es, qué determinar, cómo se produjo. El *por qué* es una suposición de propósito que es puramente subjetiva. El propósito es intangible y abstracto hasta que es conseguido. Pero el *cómo* supone detalle, particulares. Implica un estado de hechos. Constituye un desafío para demostrar el método de cumplimiento para revelar las causas particulares por medio de las cuales ocurrió. Si hay propósito, entonces, ¿cómo materializaría sus fines? La pregunta y valor de *cómo* dio nacimiento a la *ciencia.*

La ciencia

Aunque el cómo de la ciencia expandió la comprensión intelectual del mundo de los particulares que los hombres experimentaban, su idealismo era limitado. En otras palabras, la ciencia podía solamente avanzar en una dirección, no obstante su aumento de varias categorías. Su objetivo está fijado por su propio valor, es decir, principalmente para revelar las causas y efectos establecidos por medio de los cuáles los fenómenos ocurren. Por lo tanto, el *cómo* ha quitado poco de la obsesionante pregunta de *por qué* que continúa inquietando profundamente el activo intelecto humano.

El *por qué* tiene una relación más íntima con la naturaleza humana que el *cómo* de la ciencia. La tecnología de la ciencia puede encontrar soluciones a varios fenómenos de la realidad, muchos de los cuales parecen no estar contiguos al ser. Ellos pueden parecerle al hombre como una remota exterioridad. El por qué, por otra parte, está continuamente creando para el hombre valores que están centrados en el pensar y sentir humanos. Puesto que las respuestas intelectuales al *por qué* en la mayoría no pueden ser negadas por el cómo de la ciencia, ellas dan una razón a la realidad que el hombre puede integrar con el ser.

Un cosmos enteramente *mecánico* parece deprimente a la mayoría de los humanos. En realidad, les parece a ellos deshumanizador. Deja al hombre aislado en un mar de fuerzas en las que su identidad está sumergida. Aunque el concepto mecánico, material del cosmos, y toda la realidad tiene tal vez tanto derecho de aceptación como la teoría teleológica de una mente causal, ha sugerido poco valor que el hombre pueda relacionar a su propia existencia. El hombre prefiere pensar de sí mismo como siendo una reflexión de un plan universal. El desea creer que tiene medios de comunicación con el originador de este plan cósmico y que él puede imbuir su propio ser con su eficacia y sabiduría.

Aquel que nunca vacila preguntar acerca de los misterios de su existencia y del cosmos está perdido. Está sumergido en temores que crea su vacío intelectual. No importa la naturaleza del *por* qué y la respuesta a ello que nos damos a nosotros mismos, refuerza nuestra existencia personal. Nos da valores que proveen razones satisfactorias para vivir.

El filósofo, el metafísico y el místico no deben, sin embargo, excluir el conocimiento factual que el cómo de la ciencia provee. A menudo el hombre puede confundir el *por qué* con el *cómo.* Puede ir más allá concibiendo un propósito para algo e imaginar, también, cómo llegó a producirse. Su suposición de cómo puede probarse falsa por la demostración de la ciencia.

Así, por ejemplo, mucha de la mitología clásica tendía a relacionar el *por qué* y el *cómo.* La ciencia más tarde reveló la falsedad de muchas mitologías y sus explicaciones con respecto al *cómo.* Sin embargo, el *por qué,* en sí mismo, permaneció tan desafiante y tal vez tan irrefutable como siempre lo fue.

Aunque el hombre quizás no es más que otro fenómeno del espectro cósmico de la energía, como puede asumirse que toda la realidad lo es, aun así si él fracasa asignar existencia a un propósito, despoja su vida de valor. Sacar de la vida los ideales de valor que el hombre le atribuye a ella desprecia el intelecto humano y la superioridad que le confiere al hombre.